

Gerardo Diego y Guillermo de Torre

Carlos García (Hamburg)

A pesar de la importancia que ambos corresponsales adquirieron en sus respectivos campos (poeta y crítico el uno, historiador de la literatura de vanguardia y crítico el otro), apenas hay trabajos que se ocupen en detalle de la relación que Gerardo Diego y Guillermo de Torre mantuvieron por varios decenios –conflictiva, sí, pero no por ello carente de interés. El único trabajo relevante que hallo es el de Julio Neira: “Fidelidad creacionista de Gerardo Diego” (*Ínsula* 642, Madrid, junio de 2000, pp. 23-27), donde se publican y comentan algunas cartas entre Diego, Torre y José de Ciria y Escalante, de las cuales se hablará más abajo. Por mi parte, me propongo publicar algunos testimonios inéditos o poco conocidos, glosándolos someramente para tornarlos comprensibles. Por una cuestión de espacio, deberé limitarme a resaltar algunos momentos de esta relación.

Descontando los diferentes talentos y las dispares preferencias poéticas, la frustrada relación entre el chileno Vicente Huidobro y Torre está en la raíz de los conflictos entre éste y Diego. Hay mucha literatura sobre el tema, del cual me he ocupado en otro sitio¹. Está por ver la luz en Madrid, además, el epistolario que Huidobro mantuvo con Diego, Juan Larrea y Torre, cuya edición comentada Gabriele Morelli preparó con mi colaboración. Allí se verá, por ejemplo, que fue Torre quien sugirió a Diego tomar contacto con Huidobro, según el santanderino dirá en su primera carta al chileno, del 13 de abril de 1920: “Guillermo de Torre me ha instado reiteradas veces a que le escriba a usted, y hoy me tomo la libertad cargando la responsabilidad sobre sus espaldas”.

1. GARCÍA, Carlos, “La polémica Huidobro-Torre a la luz de correspondencias inéditas (Cansinos, Vando-Villar, Reyes, Ramón)”, MORELLI, Gabriele, BERNARD, Margherita (eds.), *Nel segno di Picasso. Linguaggio della modernità: dal mito di Guernica agli epistolari dell'Avanguardia spagnola*, Atti del Congresso Internazionale, 16-17 aprile 2004, Università degli Studi di Bergamo, Vienneperre, Milán 2005, pp. 121-141; recogido y ampliado en GARCÍA, Carlos, *Correspondencia Alfonso Reyes-Vicente Huidobro, 1914-1928*, El Colegio Nacional, México 2005, pp. 66-90.

Por estas fechas existía aún cierta comunión de ideas, o siquiera de intereses, entre Diego y Torre, quienes se habían conocido en enero de 1919, “en la tertulia de Canisinos en el Oriental” (G. Diego: “Recuerdo ultraísta”: *Arriba*, Madrid, 24-I-71). Ya en la segunda mitad del año 1920 las cosas cambiarían, precisamente porque una serie de malentendidos enturbiará la relación entre Torre y Huidobro. Éste no aceptaba ser parangonado con otros autores, según había hecho Torre en un artículo de la revista *Cosmópolis*, mientras que Torre se sintió mortificado cuando Huidobro hizo comentarios despectivos sobre el movimiento ultraísta en la revista francesa *L'Esprit Nouveau*, declarándolo mera degeneración del creacionismo. A raíz de esos conflictos, azuzados por Isaac del Vando-Villar, los ultraístas terminarán rompiendo con Huidobro hacia octubre-noviembre de 1920. (El artículo anónimo del “Panorama ultraísta” mediante el cual *Grecia* rompe tratos con Huidobro fue redactado por Vando-Villar en contra de los consejos de Torre.)

Quizás con intención de ganar aliados, Torre publica una breve glosa sobre el santanderino “Mis amigos y yo: Gerardo Diego”: *Grecia* 48, Madrid, 1-IX-20, 12 (ya reproducida por Neira en el artículo arriba citado). Torre venía presentando esa serie sobre-titulada “Madrid-París. Álbum de retratos” a lo largo de varias entregas de la revista *Grecia*. Pretendía allí, además de adjudicarse la amistad real o imaginaria de algunas personas de renombre, dar de cada una de ellas una breve caracterización, que quería ser a la vez punzante y llena de *esprit*. Sin embargo, más de uno se distanció de esa “amistad” o se enfadó con él debido al contenido. Así, por ejemplo, el mismo Huidobro, según muestra su carta a Torre del 17 de agosto de 1920. Tampoco este intento de conseguir la anuencia de Diego fue a Torre de utilidad, pero hacia mediados de año, cuando comienza la serie de documentos que aquí presento, nada permitía aún prever las evoluciones futuras²:

[1]

Insertos en un ejemplar de *Poesia Pentagrammata* de Francesco Cangiullo (Napoli, 1923) conservado en la Fundación Gerardo Diego, se hallan plegadas tres publicaciones: *Contre le luxe féminin: manifeste futuriste*, *Contre tous les retours en peinture: manifeste futuriste* (ambos fechados en Milán, 11 de abril de 1920) y *Le Futurisme*, n° 7 (julio de 1923).

El primer título contiene una dedicatoria autógrafa a lápiz azul de Guillermo de Torre, con rúbrica en rojo:

Tzara y Marinetti proyectan hacia mi cabina diariamente una nube de libros y manifiestos que irradia a los amigos. - Publicaré “rapports” sobre ultraísmo en París, Milán y Zurich –
Escríbame, Suyo G. de Torre
28 - VI - 1920 Puertollano (C. Real)

2. Los documentos aquí presentados proceden de tres archivos: Fundación Gerardo Diego (Santander), Biblioteca Nacional (Madrid) y Universitäts- und Staatsbibliothek (Hamburg). Gracias a Andrea Puente, María José Rucio Zamorano y Marion Sommer respectivamente.

(Torre estaba en contacto con el rumano Tzara desde 1919, y con Marinetti desde 1920 cuando menos; se conserva alguna correspondencia entre ambos y Torre, cuyas ediciones preparo).

Diego no respondió inmediatamente a ese envío, sino recién en agosto (a él parece aludir, en todo caso, una frase del final de su carta):

[2]

[Carta de G. Diego a G. de Torre, 3 pp. manuscritas. Staats- und Universitätsbibliothek Hamburg. Signatura: NGT: 43: 1.]

[Membrete:] Ateneo de Santander

[Santander,] 12 de agosto de 1920

Querido amigo Torre:

Perdóneme que la *nonchalance* veraniega me haya emperezado para escribirle antes.

Recibí su [ilegible] y los manifiestos futuristas. Muchas gracias.

Yo estoy ahora en un período de barbecho a tono con la estación.

Huidobro ha estado en Madrid. He sentido mucho no coincidir con él. Tengo verdaderamente mala suerte para esto³.

Me habla de una revista que va a hacer, pero sin más detalle⁴. Según Isaac [del Vando-Villar] se está imprimiendo en Madrid⁵.

Ciria también se dedica a la buena vida. Me da recuerdos para usted⁶.

Muy bien esas tarjetas-retratos. Hacían falta⁷.

Cuando reciba usted alguna otra cosa de por esas tierras le agradeceré me la envíe.

A ver si nos vemos en Madrid este otoño, en que pienso pasar unos días.

Un abrazo de

G. Diego

* * *

3. Diego lamenta no haber visto a Huidobro ya en carta a éste, del 6 de julio de 1920.

4. Huidobro tenía el plan de una revista ya desde 1919- *Creación*. *Revista Internacional de Arte* aparecería recién en abril de 1921. El plan es tema de varias cartas entre Diego y Huidobro y entre éste y Torre.

5. Esta información es errónea. Acerca del papel de Vando-Villar en la rencilla entre Torre y Huidobro, véanse las misivas de Vando a Torre recogidas en mi *Rafael Cansinos Assens - Guillermo de Torre. Correspondencia, 1916-1955* (Madrid, 2004) y mi ensayo mencionado en nota 1.

6. Con José de Ciria y Escalante haría Torre a fin de año la efímera revista *Reflector*. Se conserva correspondencia entre ambos, cuya edición, a mi cargo, se prevé en la revista *Monteagudo* (Murcia). Julio Neira recogió en su trabajo arriba citado fragmentos de una carta de Ciria a Diego relacionada con el surgimiento de *Reflector*. Existen otras dos cartas al respecto, cuya edición preparo.

7. Debe tratarse de la xilografía del “gran retratista grabador” (Torre *dixit*) Pierre-Antoine Gallien, que Torre acostumbraba enviar en forma de postal (reproducida en BONET, J.M., *El Ultraísmo y las artes plásticas*, Valencia, 1996, p. 322).

Es aquí donde deben ordenarse cronológicamente dos cartas que recoge Julio Neira: una de Torre, del 27 de octubre, y la respuesta de Diego, del 9 de noviembre – es decir, tras la ruptura de los ultraístas con Huidobro. En las misivas, tanto Torre como Diego clarifican sus posiciones: Diego no quiere verse mezclado en la crítica a Huidobro, mientras que Torre ha decidido pasar definitivamente al bando contrario. A pesar de las divergencias relacionadas con Huidobro, Torre incluirá en primer lugar un poema de Diego (“Elemental”), en la antología que publicará simultáneamente en Milán (*Poesia*), París (*L'Esprit Nouveau*) y Madrid: “Literaturas novísimas. El movimiento ultraísta español”: *Cosmópolis* 23, noviembre de 1920.

19 2 2

En este año Torre publica un texto crítico sobre Diego, no reconocido hasta hoy como suyo, porque apareció sin firma. En su archivo, Torre conservó un recorte, hoy en la Biblioteca Nacional, al cual agregó a mano la sigla “G. T.” y algunas correcciones. Se reconoce el perfil idiomático de Torre, quien libra aquí una batalla más de la guerra que por esas fechas mantuvo con Huidobro. Reproduzco a continuación el texto completo de “*Imagen*, poemas por Gerardo Diego. Madrid” aparecido en *Cosmópolis* 43, Madrid, julio de 1922, pp. 269-270:

Imagen, poemas por Gerardo Diego

El libro se compone de tres partes que marcan netamente los jalones de la evolución que ha cumplido este joven poeta de 1918 a 1922. La primera, “Evasión”, responde exactamente a su título, pues es, efectivamente, la “tentativa de evasión” –frase de Cocteau– que ha experimentado todo poeta en un momento decisivo de su devenir ortal, al encontrarse henchido de presentimientos y abierto ante rutas aún inciertas. En los poemas de esta parte se acusa sobre Diego la influencia banvillana del lirismo lijero y los juegos rítmicos, a través de la influencia directa del Valle Inclán de *La pipa de Kif*. Apunta ya cierto sentido de humorismo elíptico y de cubileteo verbal que luego halla su más amplia expansión en la “imagen”. La parte así titulada revela, ante todo, excesivamente visible, la influencia invasora que, desde los albores del ultraísmo, empezó a ejercer Huidobro sobre Diego con sus teorías creacionistas que éste, en su buena fe, rayana en la credulidad infantil, ha aceptado como íntegramente provenientes del autor de *Poemas árticos*, cuando todos hoy saben que el cultivo de la imagen múltiple y de la metáfora novímorfa es una característica común a todas las modalidades líricas de avanzada; incluido el ultraísmo. Diego marca netamente su filiación y su epigonía huidobristas abocando al cultivo exclusivo de la imagen múltiple como factor exclusivo del poema nuevo, cuando es así que sólo este elemento, sin la situación en un clima peculiar y la composición de una estructura novímorfa y autónoma, no garantiza su calidad netamente moderna. De ahí que, en la mayoría de los poemas, Diego no llega a crear imágenes intactas ni visiones inéditas al manipular con elementos, símbolos y realidades añejas y rituales. Se limita tímidamente a mostrar el envés de las percepciones normales, mas consiguiendo, no obstante, sagaces visiones y combinaciones de hábiles resortes humorísticos.

“Aquel borracho – con el tapón chistera alicaído – barajaba las losas de la acerca – para jugarse el último altercado”. El poema, titulado “Carnaval”, al que pertenece esta estrofa, del mismo modo que “Gesta” y “Puerto Chico”, /270/ formado por yuxtaposiciones de distintos planos visuales y espaciales, revelan al margen de la influencia señalada, su innegable temperamento lírico, su facultad asimiladora y su agilidad de “jongleur” verbal. Mas por cima de su estrecho campo de experimentaciones, de ese malabarismo verbal que al confiarse exclusivamente en la imagen, sólo puede conducir a una ingeniosa y aniquiladora cacería de la “phrase à effet”, existen perspectivas líricas que Diego apenas ha entrevisto.

[G. T.]

El giro *phrase à effet* tiene una larga historia entre Torre, Diego y Jorge Luis Borges. Ya en carta de junio de 1920 decía Borges a Torre, quizás influido por los poemas publicados en el número 43 de la revista *Grecia* de ese mes:

Creo que se equivocaba Cansinos al presagiar que el próximo avatar del ultraísmo era el creacionismo. El creacionismo puro es una jaula: una cacería de la *phrase à effet*, de la ingeniosidad, que es el mayor peligro para escritores de raza española, como nosotros.

Torre recogería más tarde ese párrafo, parafraseándolo en su artículo “La imagen y la metáfora en la novísima lírica”: *Alfar* 45, La Coruña, diciembre de 1924 (pasaje conservado en *Literaturas europeas de vanguardia*, 1925, p. 299): “Creo que se equivocan los demasiado obstinados en pesquisas de imágenes; el creacionismo puro que tal cosa predica es una jaula, una cacería de la *phrase à effet* [...]”. Ya antes de la aparición de su libro, aunque sin nombrar a Borges, había escrito Torre en la carta del 13 de mayo de 1923 a Gerardo Diego abajo reproducida, que, como él mismo había dicho, el creacionismo “era un camino más que una meta”. Y agregaba: “Y alguien habló entonces, 1920, del peligro de que terminase todo en una cacería de la *phrase à effet*.”

=====
1 9 2 3

A comienzos de año Torre publica su primer y único poemario: *Hélices. Poemas (1918-1922)*. Madrid: Mundo Latino, 1923. En el archivo de la Fundación Gerardo Diego se conserva un ejemplar con dedicatoria autógrafa del autor:

A
mi camarada auroral
Gerardo Diego
con simpatía recíproca
Guillermo de Torre
Madrid, 2-II-1923

(V. pág. 97)

La página a la cual remite la nota final (costumbre seguida por Torre también en los ejemplares remitidos a Cansinos, Alfonso Reyes, Juan Ramón Jiménez y seguramente a otros), alude al poema “Dados”, dedicado “(a Gerardo Diego)”.

El dedicatario no disfrutó del libro. Diego aludirá despectivamente a él, cuando menos, en dos cartas a Vicente Huidobro. En la primera, del 27 de enero de 1923, dice:

Sólo queda de superviviente [del ultraísmo] Guillermito de Torre a quien he visto en Madrid y que está más insoportable que nunca. Va a hacer un libro *Hélices*. Un detalle: Corpus Barga publicó el mes pasado en *El Sol* un artículo titulado “Poesía española”⁸. Hablaba de nuestros literatos y de poetas conocidos en Francia. Y decía que Machado y Jiménez iban a ser traducidos. Y luego: “otros poetas de quienes se habla ahora en París: G. de Torre y Diego”. Pues bien, cuando me ve, me dice: “¿No ha ido usted a saludar a Barga (que había llegado a Madrid)?”. “No le conozco –le respondí– Yo tampoco, pero voy a ir a su casa a darle las gracias”. Claro está que yo me eche a reír ante esa psicología de cupletista.

La segunda misiva es del 9 de mayo de 1923:

Guillermo de Torre ha publicado un libro *Hélices* verdaderamente grotesco. Ha tenido un gran éxito de risa.

En efecto, la crítica de la época, que Torre leyó y recortó con avidez, no fue favorable a ese libro, malogrado por un afán de modernidad ingenuo y aparatoso. Tras este libro Torre sólo escribió un puñado de poemas, que no recogió en volumen (el último que encuentro mencionado, “Balneario”, apareció en *El Estudiante*, Madrid, 4-IV-26). Se dedicaría de ahí en más a la crítica y a la historia literaria, con mejor tino y fortuna. La crítica de Diego al poemario de Torre llegaría, ignoro por qué medios, a oídos de éste, quien escribirá rápidamente una misiva de reproche:

[3]

[Carta de GT a GD, 3 páginas mecanografiadas; J. M. Bonet: *El ultraísmo en las artes plásticas*. Valencia, 1996, p. 322]

[Membrete:]

Editorial / Mundo Latino /

Apartado 502 Oficinas: Larra, 10 Teléfono 14-21 J

Mi dirección indistintamente ____

[Sello:] Guillermo de Torre / y Ballesteros / Calzada, 19 / Puertollano (Ciudad-Real)

13 de mayo 1923.

8. Diego alude a un trabajo que Corpus Barga remitió desde París a Madrid, en diciembre: “Reflejos de París. Literatura española”: *El Sol*, Madrid, 10-XII-22, p. 1. Torre conservó dos recortes de esta publicación en su archivo.

Sr. D.
Gerardo Diego
Gijón
Querido amigo:

Recibida su carta del 9 actual, y antes su librito *Soria*. Mil gracias. Enterado de su opinión sobre *Hélices*. Que le hubiera agradecido me hubiese manifestado antes, directa y privadamente, en vez de propalarla sinuosamente. Mi táctica es otra. Y dadas nuestras discrepancias de criterio, yo siempre las he expuesto leal y claramente, sin acritud, pero con energía. Así cuando tuve ocasión de hablar de su libro *Imagen*, y más recientemente en una alusión de una interview humorística – que por tanto no debe usted tomar literalmente⁹. Por otra parte, yo no tengo una actitud unilateral sobre la lírica de vanguardia. Al contrario, me esfuerzo por comprender y aceptar todas las direcciones convergentes, claro es, en cierto punto de intenciones comunes. Así, me parece poesía moderna e interesante lo que usted llama “creacionismo” “d’après Huidobro”, y que no es, en suma, más que una derivación de las teorías del cubismo literario, según demuestro hasta la saciedad en un capítulo de mi libro crítico en prensa¹⁰. Mas no creo que esa fórmula, esa manera que usted sigue, pueda asumir el monopolio de todas las posibilidades estéticas actuales. Y usted mismo dijo hace tiempo, con frase que transcribo íntegramente en el capítulo aludido, que el creacionismo era un camino más que una meta. Y alguien habló entonces, 1920, del peligro de que terminase todo en una cacería de la *phrase à effet*. Hoy, aquellos síntomas son ya realidades, y creo debe usted conocer cierta tendencia teórica contra el cultivo exclusivo de la imagen (recogida por E. Malespine en *Manomètre*, Lyon, marzo)¹¹.

Mas frente a ese lirismo ambiguo, impreciso, sin activaciones propias, existe el otro lirismo de raíz y sujetos netamente modernos. Que destierra todas las motivaciones

9. Alusión a “Visita de *Interviewer ignotus* al autor de *Hélices*”: *Revista de Casa América-Galicia* 28, La Coruña, abril de 1923, pp. 5-7. En p. 7 dice acerca de Diego: “Puramente líricos, estimo dos nombres: Pedro Garfías y J. Rivas Panedas. Aun con todas las tachas que puedan ponérseles, me parecen superiores a Gerardo Diego, poeta ambiguo, de transición, que tiene absorbida su probable personalidad por la influencia magnética que sobre él ejerce el chileno Huidobro”.

10. Torre alude a *Literaturas europeas de vanguardia*, que pasó por varios y complicados avatares antes de salir a luz en 1925. Su título original iba a ser *Las novísimas directrices literarias y estéticas (Críticas)*, según se desprende de un anuncio en *Hélices*, aparecido en enero, y de la *interview* mencionada en nota 9. Poco más tarde, el título pasó a ser *Gestas y teorías de las novísimas literaturas europeas*, y debía aparecer en editorial Mundo Latino. Luego pasó a llamarse *Las novísimas literaturas europeas* (“Contestando a un llamamiento. Proyecciones sobre la nueva generación. I: Proyecciones liminares. Concepto de la juventud. El perfil de las generaciones”: *El Heraldo de Madrid*, Madrid, 17-XI-24), abreviado finalmente en *Literaturas europeas de vanguardia*.

11. Emile Malespine, el director de *Manomètre* (Lyon), decía en una crítica precisamente de *Hélices* en la citada revista: “Dans le mouvement moderne l’image outrancière a été une étape. Elle ne peut être que celà. Répétée, elle devient un truc. Qu’il se méfie du procédé, de l’image-truc”. Y pasaba luego a criticar el uso del término rebuscado: “C’est une séquelle symboliste qui nous éloigne de la vie et étiole toute littérature. [...] ¡Méfiez vous, Torre, de l’adjectif! L’adjectif n’a valeur émotionnelle que pour l’auteur lui-même. C’est la fausse monnaie du vrai poète”.

anejas y los sentimentalismos fáciles para entronizar nuevos valores vitales y maquinísticos. Y todo esto, contra lo que usted sospeche, sin aludir al futurismo que se ha frustrado, por no tener en cuenta esta advertencia: los elementos de la belleza moderna no son la belleza misma. O sea, con una frase vulgar: que no hay que tomar el rábano por las hojas. Pero, de todos modos, el espíritu que hoy impera y está llamado a predominar como expresivo de la lírica contemporánea, por encima de personalidades y matices, es, indudablemente, el de esa nueva concepción lírica del mundo. Quizá leyendo una “antología de la poesía mundial” *Les cinq continents*, que acaba de publicar Ivan Goll (“La Renaissance du Livre”, París) y que de todos modos le recomiendo, pues es muy curiosa, pueda usted llegar a participar de esta idea¹².

Mas refiriéndome a *Hélices*: yo respeto su juicio –infundamentado– pero lamento que usted no sepa o no haya querido ver que este es un libro prismático y multilateral que sólo aspira –y lo consigue– a recoger mis primeras etapas evolutivas. Y si es cierto que algunas partes como “Versiculario ultraísta” y “Trayectorias” pueden caer dentro de reproches fáciles, algunas otras subsiguientes, con “Inauguraciones” y “Kaleidoscopio” ~~marcan~~ son ya “muy expresivas de un espíritu lírico personal y genuino”. Transcribiendo estas palabras ajenas, de tono análogo, aunque menos apologético, que otros que he leído o recibido, tanto de amigos españoles como extranjeros, le demostraría que por fortuna –y aunque el caso contrario no /3/ había de apenarme– no son tantos como usted parece creer aquellos que comparten su punto de vista. Aunque, por otra parte, sé a quiénes alude usted implícitamente y al adivinarlo me sonrío, ya que los conozco a fondo y sé que están indigentemente desprovistos de todo espíritu crítico y contrastador....

Y nada más. No quiero adentrarme en alusiones personales y carezco de tiempo para prolongar más esta charla o réplica que, situados ambos en el mismo amable terreno polémico, no tendría ningún inconveniente en continuar, si usted lo desea. Pues entiendo que estas diferencias de actitud no implican un gesto irreconciliable entre espíritus de la misma generación.

He leído con agrado sus poemas de *Soria*, que situándose previamente en ese plano, por mí no compartido, de aceptación de la belleza provinciana, resultan bien. Y por otra parte usted demuestra que sabe sacar el máximo partido posible de esas abolidas combinaciones métricas dando a veces salida a las verdaderas imágenes: “Los tejados encrespan su oleaje...” Enhorabuena.

Reciba el cordial saludo de su compañero

Guillermo de Torre

12. GOLL, Ivan, *Les Cinq Continents. Anthologie mondiale de poésie contemporaine*, La Renaissance du Livre, París 1922. Torre, quien había ayudado a Goll a compilar su volumen, sería uno de los autores que representaban a España en el libro. Véanse dos reseñas coetáneas, BOUCHARY, Jean, “*Les Cinq Continents*”: *La Vie des Lettres*, París, junio de 1923, p. 107; BUZZI, Paolo, “*I Cinque Continenti*”: *L'Ambrosiano*, 24-VII-23. Preparo la edición del breve epistolario entre Goll y Torre.

=====
 1 9 2 5
 [4]

[Carta de G. Diego a G. de Torre, 4 pp. manuscritas. Staats- und Universitätsbibliothek Hamburg. Signatura: NGT: 43: 2.]

Santander, 6 julio 1925

Mi compañero y amigo:

Muchas gracias por el envío y dedicación de sus *Vanguardias*. Lo he leído con gusto (y ya sabe usted que no me gusta adular)¹³. Cuando publicó usted *Vértices*¹⁴, creo recordar que le dije que prefería sus prosas. Esta es la ocasión de justificarme ante usted dándole una sincera enhorabuena por este libro, elevado y necesario.

Leyéndole, me he enterado de muchas cosas, que, por su falta de interés directo, no había tenido arrestos para acometer en lectura paciente e íntegra. Su información y flexibilidad de atención sobre el movimiento moderno es ejemplar, y la admiro como algo inasequible a mi pereza y distracciones de espectador.

Como usted anuncia al terminar su estudio sobre el creacionismo su irrevocable propósito de no volver a ocuparse de ello en los días de su vida, me considero libre de intentar siquiera “el gesto polémico” a que alude su dedicatoria.

Sólo he de decirle que lamento tener que creerle –ya ve usted si soy cándido– tan diametralmente equivocado en esta cuestión. Por lo demás, muy agradecido a lo que dice sobre mí. Los elogios compensan suficientemente los posibles yerros de interpretación. Además, yo admito sobre la obra todos los puntos de vista, con tal que sean leales. Es cierto que he cambiado de pensamiento. Y espero de aquí a unos años modificarme de nuevo. Que me digan esto, lejos de molestarme, me halaga.

Y repitiéndole la enhorabuena le saluda afectuosamente su amigo

G. Diego

13. *Literaturas europeas de vanguardia*, Caro Raggio, Madrid 1925. En 1923, año en que debía haber salido originalmente, el libro se llamaba aún *Gestas y teorías de las novísimas literaturas europeas*, y su aparición se preveía en editorial Mundo Latino. En 1924, el título se transformó en *Las novísimas literaturas europeas* (véase “Contestando a un llamamiento. Proyecciones sobre la nueva generación. I: Proyecciones liminares. Concepto de la juventud. El perfil de las generaciones”: *El Heraldo de Madrid*, Madrid, 17-XI-24). Extrañamente, no se conserva el ejemplar dedicado en la Fundación Gerardo Diego.

14. Diego parece aludir al poemario de Torre, *Hélices* (1923), y no a la revista planeada en 1920, *Vértices*, que no llegó a salir.

=====
1926

A pesar de las diferencias de opiniones, Diego permanece para Torre un punto de referencia. Cuando se presente el caso, Torre recomendará su obra a estudiosos extranjeros, aun en julio de 1926 (cf. Morelli 2001, p. 108). Volverá a ocuparse críticamente de él, en “Tres poetas jóvenes de España. III. Gerardo Diego”: *Martín Fierro* 43, Buenos Aires, 15-VIII-27 (páginas 368 y 373 de la reedición facsimilar, Buenos Aires, 1995).

Tres poetas jóvenes de España

Federico García Lorca, Rafael Alberti, Gerardo Diego

[...]

III. GERARDO DIEGO

Gerardo Diego –el hecho es ya notorio y señalado por algún crítico, aunque por nadie tan enérgicamente como yo me propongo subrayarlo– viene ostentando en nuestras letras, con singular desenvoltura la máscara jánica de dos personalidades radicalmente antipodas y, a mi juicio, dignamente inconciliables. “Jardinero tenaz de la ironía, contradictor conciente de sí mismo, poeta maniqueo”, ha apellidado con suaves circunloquios aunque reveladoramente a Gerardo Diego alguien –Eugenio Montes– que como yo es poco sospechoso de parcial enemistad hacia él, ya que vivimos otrora juntos, camaraderilmente nuestros primeros tiempos literarios.

Giremos en torno a Gerardo Diego –nunca más exacta que ahora la trivial fórmula– para que no se nos escape ni uno solo de sus perfiles y actitudes. Por un lado, su rostro jánico nos muestra un perfil de aristado vanguardista, fervoroso cultivador a ultranza de la imagen pura y hasta de la expresión hermética, creyendo en una sedicente estética específicamente “creacionista” que no es en suma, como en otro lugar demostraré ampliamente, otra cosa que un apellido personal del primitivo –y ya difuso o abolido– ultraísmo genérico, y a su vez, una derivación de la primigenia tendencia apollinairiana. Y por otro lado, alternando en un juego incansable de espejos dúplices, Diego nos deja ver un perfil de preceptista crédulo, de aburrido retórico, de versificador ortodoxo con rima –y hasta con ripios– que trasluce una personalidad de poeta gris apegado a la cola de un tradicionalismo tan exangüe como insolvente.

No de hoy, sino desde sus comienzos, viene Gerardo Diego ejercitando esta alterna e incansable duplicidad año tras año. Así, a su primer –y mejor– libro *Imagen* de carácter netamente vanguardista (aceptadme el vago y paradójicamente exacto vocablo) publicado en 1922, en plena efervescencia de lirismo ultraísta, sucedió, en el año subsiguiente, una “galería de estampas y efusiones”, titulada *Soria*, sorprendente retorno hacia las formas métricas que antes diera por abolidas, libro compuesto de poesías descriptivas y hasta costumbristas, cuadritos de un fácil e incoloro realismo, objetivados sobre un fondo de ciudad castellana. Ningún parentesco ligaba entre sí ambos volúmenes. Pudieran haber aparecido bajo formas distintas y nadie hubiese acertado a relacionarlos. Pero pese a los reproches que por esta inexplicable dualidad había ya de comenzar a oír Gerardo Diego, éste ha proseguido impertérrito usando dos barajas. El siguiente año, 1924, de acuerdo con su distribución, pertenecía nuevamente a las “izquierdas”: y en efecto, sacó a luz un cuadernito de poesías *Manual de espumas*, reite-

ración de *Imagen*, donde aún acentúa más su fiebre imaginista, sus puras abstracciones verbales. Y al año siguiente, para equilibrar su arbitraria balanza, y continuando en este peligroso vadear de dos riberas netamente hostiles, le hemos visto aparecer una vez más “derechista” con un nuevo volumen intitulado *Versos humanos* y compartidor con el libro de Alberti –en mi ensayo anterior analizado– del premio de un concurso nacional: (Versos humanos?– preguntémonos entre paréntesis. ¿Qué habrá querido Diego expresar con este rótulo: contradecirse una vez más a sí mismo o dar una réplica indirecta a las teorías de Ortega y Gasset tan discutidas últimamente entre nosotros, sobre el “arte deshumanizado” o, más bien “desrealizado” como yo –respetuosa, amistosamente– prefiero corregir? No lo sé. Mas dejando a un lado esta cuestión secundaria, continuaré con la impugnación de lo esencial).

¿Como explicar estas transiciones, cómo justificar honestamente este dualismo sospechoso, cómo hacer compatibles unas fórmulas tan antitéticas cual las que Diego pretende hacer avenirse en su obra –sin penetrarlas mutuamente, sin buscar sus puntos de ensamblaje dejándolas permanecer arisca y cínicamente hostiles entre sí? Confieso que a pesar de sus reiteradas explicaciones y del ingenio talentado que en ellas pone– vaya esto como salvedad frente a los fuertes reparos que he de seguir oponiéndole – yo no he conseguido leer de su pluma ni escuchar nunca de sus labios razones claramente satisfactorias. Mas, según Diego, sí hay posibilidad de alternar ambas maneras opuestas sin mezclarlas; esto es, saltar de la poesía como él mismo la define, “impura, interpretativa e interpretable” de *Soria*, o de sus aborrecibles *Versos humanos* a la poesía “pura o creada y creadora” de *Imagen* o de *Manual de espumas*. El plano del edificio –intenta explicarnos– es el mismo. Solo varía el horizonte y la luz. ¡Ah, no! ¡Qué profundo error el suyo! El plano del edificio –aceptemos un momento su vago vocabulario– no es el mismo; la estructura, la arquitectura, la alineación de los versos es completamente distinta en un poema octosilábico, con rimas ramplonas, de la deposición estructural que regula un poema “sobre el aire”, sin canon preceptista métrico sobre el cual basarse. Aun recurriendo a los mejores ejemplos: ¿es acaso igual, en su composición, un romance castellano, cualquiera de los que existen sobre el Cid, que una estrofa de las *Soledades* de Góngora? Por otra parte, para evidenciar con ejemplos suyos el error teórico y práctico en que incurre Diego abramos al azar su libro *Versos humanos*. Puede suceder, como me ocurre ahora, que nos echemos a la cara versos tan vacuos, de una banalidad preceptista inadmisibles, como los siguientes:

Yo te invité a bailar. Y tú sumisa
Te colgaste indolente de mis brazos.
Y estrechamos sus giros y sus lazos
Nos unía una rítmica precisa
En un latir confuso de regazos.

Y, a continuación, como contraste sin transiciones, tal como él mismo lo practica, si saltamos a la otra ribera, a la de sus poemas creacionistas, nos encontraremos con trozos como el siguiente, tomados de *Manual de espumas*:

Yo ya sé que es estéril
La rueda indagatoria
Pero esta puerta de aspas será siempre mi noria
.....
En la estación del alba han fijado el cartel.
El sol consulta diariamente su ruta
Y se provee de miel.

¿No es insólito este contraste? Percibe el lector claramente la absoluta incompatibilidad de alternar ambas maneras tan lejanas, de vadear el abismo que las separa sin riesgo de descalabrarse y de perder totalmente el crédito? Ahora bien, si en la manera preceptista de Gerardo Diego todos sus poemas presentan la misma grisácea mediocridad del fragmento antes transcrito – de donde se infiere el agotamiento irremisible de estas fórmulas, aun manejadas por un retórico tan hábil como este poeta –por el contrario, justicia obliga– en su manera creacionista y en alguna que otra página de *Manual de espumas*, encontramos ejemplos de primera clase:

Ayer mañana
 Los días niños cantan en mi ventana
 Las casas son todas de papel
 Y van y vienen golondrinas
 Doblando y desdoblando esquinas
 Violadores de rosas
 Gozadores perpetuos del marfil de las cosas
 Ya tenéis aquí el nido
 Que en la más bella grúa se os ha construido.

Pero, con todo, y pese a la evidente belleza de versos como los anteriores, Diego abusa, a mi juicio, de la abstracción imaginista. Queriendo desposeer a la palabra –según una de sus explicaciones– de su “valor de ficha ornamental”, no consigue “volver a la sencillez directa, única forma de crear”, sino que convierte el verbo en una ficha de valor abstracto, desposeyéndole de todo sentido, eliminando la significación concreta o sugerente que pese al desdoblamiento duplo o triple de las imágenes debe conservar siempre el poema, por muy leve que sea el hilo, el objeto real, punto necesario de partida. Pero como esta distinción entre el valor formal y el valor lírico de la palabra nos llevaría por ahora demasiado lejos, cortémosla aquí, reanudando las anteriores impugnaciones.

¿Podremos aceptar, repito, este dualismo de fórmulas opuestas, que Diego alternamente practica, sin dudar de su sinceridad? ¿O, fatigados, abominaremos de una vez para siempre de su juglarismo ambidextro, retirándole en absoluto nuestra confianza, al considerarle como un cantor oportunista, encendiendo una vela a Dios y otra al Diablo, según el viento que sopla, o como un veleidoso inconsciente? No es posible llegar a una conclusión tan radical y desdeñosa con un espíritu valioso, provisto de verdaderas dotes literarias –visibles especialmente en algunos de sus trabajos críticos y eruditos– como es Gerardo Diego; pero tampoco debemos aceptar en modo alguno su equivocado criterio, poniéndole las más severas argumentaciones. Pues, ¿cómo admitir que sea posible conciliar sinceramente esos falsos “versos humanos”, dignos, en su mayor parte, de un trovero ocasional, de un funcionario en vacaciones, de un burócrata aburrido, con los poemas de *Imagen* y de *Manual de espumas* que, pese a sus defectos, revelan el espíritu de un poeta ambiciosamente nuevo? Imposible. Es hora ya de que Gerardo Diego se decida, si no quiere hacerse culpable de su descrédito, a quedarse fijamente en una de ambas riberas.

Por otra parte, esa promiscuación en que incurre no solo le perjudica a él, sino que origina equívocos perniciosos que a todos los demás, es decir a los pocos que estamos empeñados en una transformación total de la técnica y del espíritu lírico, también nos dañan indirectamente. Así, por ejemplo, un comentarista académico, Gómez de Baquero, desorientado por el caso de Diego, ha llegado a escribir erróneamente que “los mejores poetas de la nueva escuela son los ortodoxos, los que promiscuan y no vacilan en acercarse a las formas y procedimientos de la antigua poesía”.

Pero esto no pasa de ser una ligereza o una falsedad, que se cae por su propio peso y que, tras mis razonamientos anteriores, no tengo necesidad de impugnar. Cosa muy distinta de la promiscuación vituperable, del maniqueísmo poéticamente sacrílego en que se obstina G. Diego, creyendo a la vez en un Dios de la nueva poesía y en un Zoroastro de la floja poesía academicista, en el anhelo de “integración”, el afán de fundir elementos nuevos con normas o estructuras de abolengo –asimismo renovadas. Con este último criterio sí puedo mostrarme conforme– condicionalmente. Pero los síntomas de su realización son aun vagos y poco extensos. El único ejemplo que de ellos tenemos hasta la fecha en nuestra poesía plena y felizmente logrado, es el de la “Oda [a Salvador Dalí]” de Federico García Lorca, que glosé con elogio en mi primer artículo. Y el otro ejemplo, que amanece, está en algunos poemas del gongorino y valeryano Jorge Guillén – a cuya noble obra, aun escasamente conocida por no hallarse junta en volumen, pero ya gustada de los mejores, se ampliará próximamente mi comentario.

Guillermo de Torre
Madrid, octubre 1926

=====
1927-1928

En el año del homenaje a Góngora, y precisamente en relación con ese proyecto, surgen nuevas y definitivas desavenencias entre algunas facciones. Diego y alguno de sus adictos rompen con *La Gaceta Literaria* – es decir, con Ernesto Giménez Caballero y con Guillermo de Torre. Lamentablemente, el tema no figura en la voluminosa correspondencia entre Gecé y Torre, cuya edición preparo, si se descuenta este breve pasaje de una carta del primero al segundo, del 27 de agosto de 1927: “Gerardo [Diego] se me queja que su único agresor eres tú y te pone de vuelta y media. Según parece, le tendrás pronto ahí.”

“Ahí” es Buenos Aires. En efecto, Torre arribaría a la Argentina en septiembre, y Diego lo haría al año siguiente. Habrá sorprendido a ambos, quizás desagradablemente, el verse comentados conjuntamente por Luis Echavarrí en “Desde Buenos Aires. Los embajadores de la cultura española”: *El Sol*, Madrid, sábado 6-X-28. El argentino dirá allí, tras mencionar a Ortega, Díez-Canedo, Maeztu y Amado Alonso:

Y pasando a los jóvenes, registraremos la presencia, bien destacada, entre nosotros, de Guillermo de Torre y Gerardo Diego. El secretario de la madrileña *Gaceta Literaria* se halla desde hace largo tiempo en Buenos Aires [septiembre de 1927], donde despliega su reconocida actividad intelectual en diarios, revistas y conferencias. Aunque llegó en plena crisis del “Meridiano”, fue bien acogido en los centros literarios, especialmente entre los jóvenes adeptos al vanguardismo, del cual es uno de los corifeos y su erudito expositor. La joven literatura española tiene en Guillermo de Torre uno de los más eficaces y alertas difundidores en la Argentina.

En cuanto a Gerardo Diego, su paso por esta República tiene un carácter más circunstancial y pasajero, aunque no menos interesante. Le han traído acá la curiosidad y el deseo de un conocimiento más directo de la moderna literatura argentina. Él, a su vez, ha aprovechado el viaje para hacer conocer mejor en este ambiente a los jóvenes poetas españoles. Gerardo

Diego ha dado ya dos conferencias en la Facultad de Filosofía y Letras. En la primera estudió las figuras magistrales de Miguel de Unamuno, Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez. En la segunda presentó a los poetas españoles del día y expuso su concepto de la poesía. Un auditorio muy selecto siguió con gran atención la palabra, medio profesoral, medio batalladora, de este joven catedrático ultraísta.

Tanto Guillermo de Torre como Gerardo Diego contribuyen con su presencia en Buenos Aires, si no a afirmar ningún meridiano inexistente e inaceptable, sí a estrechar los vínculos para un mayor conocimiento, fecundo en ulterioridades, entre las ramas española y argentina de la misma cultura.

Poco antes, en una entrevista otorgada en Buenos Aires, Diego había declarado (“Gerardo Diego dice que ante todo es católico. El escritor español nos habla sobre el estado actual de la literatura peninsular, especialmente de las nuevas tendencias estéticas, ‘Conozco poco las letras argentinas’”: *Crítica*, Buenos Aires, 27-VII-28):

Es un error creerse enemigo del grupo de *La Gaceta Literaria*. He gastado algunas bromas con él, pero no hay realmente una enemistad entre nosotros. Simplemente, nos separan diferencias de apreciación artística. Ellos ejercitan una técnica opuesta a la de los que en España trabajamos por un arte puro, sin escándalo. Nosotros trabajamos sin escándalo. El principal personaje del grupo de *La Gaceta Literaria* es indudablemente Guillermo de Torre. Este muchacho, parte de cuya obra me inspira simpatía, ha ejercido en España sobre algunos jóvenes una influencia decisiva. Puede decirse que es el maestro del propio director de *La Gaceta*, de Jiménez Caballero, y de algunos muchachos recientes. En España estimamos profundamente la obra de Guillermo de Torre como informador, como agitador de ideas nuevas, en fin, como animador.

De manera similar se pronunciará Diego sobre Torre en su conferencia de agosto de 1928 (“La nueva arte poética española”: *Síntesis* 20, Buenos Aires, enero de 1929, 183-199):

El ultraísmo ¿fue necesario? Muchos opinan que sí. Otros creen que sin él la evolución de la poesía española habría continuado su marcha. Desde luego, el valor poético de la obra ultraísta en conjunto es escaso, pero su influencia en España y América parece indudable y aun podemos afirmar que no está cancelada. El ultraísmo espantó el miedo a la audacia, y si los poetas aparecidos luego han encontrado un ambiente propicio, se debe en parte a la higiénica labor iconoclasta de los poetas de *Grecia*. El concepto de arte literario y poética que representa, por ejemplo (al menos en los comienzos de su carrera) Guillermo de Torre, sigue siendo el mismo, en el fondo, que inspira actualmente a *La Gaceta Literaria* y, en general, a todos los que hablan de *vanguardismo*, palabra hoy en boga, pero que yo me resistiré a escribir o a pronunciar sin entrecomillarla para eludir mi responsabilidad.

Importa se añalar que a pesar de las desaveniencias, Diego acudió a la boda de Guillermo de Torre con Norah Borges, que tuvo lugar por esas fechas.

1942

Dando un gran salto, arribamos al año 1942. En esas fechas, Fernando de los Ríos, ex-ministro de la República, visita Buenos Aires. El periódico argentino *Ahora* le hace, en presencia de Torre, una larga entrevista sobre el estado de la guerra mundial (Torre conservó un recorte, lamentablemente sin fecha). El periodista se dirige a Torre, pero éste rehúsa, en principio, hablar sobre política. El periodista inquiriere: “¿Se escucha hoy a un escritor –digamos, Gerardo Diego– como hace 20 años a Miguel de Unamuno? ¿O bien la cultura se desvaloriza en España?”. Torre responde: “–Gerardo Diego escribió últimamente un ‘Canto a las alas de Italia’... ¿Cómo escuchar al escritor del mismo modo que antaño?”.

1965 - 1971

Tras varios años de trabajo, en los cuales Torre rediseñó la arquitectura y redactó nuevamente varios capítulos de su libro capital de 1925, sacó a luz una versión completamente diferente y de mayor amplitud: *Historia de las literaturas de vanguardia*. Madrid: Guadarrama, 1965. Un ejemplar se conserva en la Fundación Gerardo Diego, con dedicatoria autógrafa en la anteportada:

A
Gerardo Diego,
recordado en algunas páginas.
Amistosamente,
Guillermo de Torre

En efecto, Torre menciona a Diego una docena de veces, ya sea en relación con Huidobro y con Larrea, ya como colaborador de las revistas de la vanguardia histórica (*Grecia, Ultra*), y dos veces como antólogo. A Torre le disgustó profundamente que Diego no admitiera al ultraísmo en su *Poesía española. Antología 1915-1932* (1932)¹⁵. Criticaba en el volumen, por ello, la política exclusionista de Diego, como venía ya haciendo desde la década del treinta, al comentar en la prensa madrileña otras antologías, como la de Souvirón y la de Federico de Onís.

Diego, por su parte, hablará con nostalgia (y alguna ironía) sobre Torre, pocos días tras el fallecimiento de éste, en el “Recuerdo ultraísta” arriba mencionado:

Guillermo, Guillermito, era un auténtico chiquillo de dieciocho años y se asomaba a la vida con sus amplios ojos asombrados. Su mirada supo conservarse hasta sus últimos años tan limpia y juvenil, no menos que la tersura de su facies. [...] Por aquellos años, Guillermo

15. A la conocida bibliografía sobre el tema agréguese ahora MORELLI, Gabriele, “La *Antología* en la generación poética del 27”: *Insula* 721-722, Madrid, enero-febrero de 2007, pp. 7-9.

escribía poemas que luego había de recoger en su libro *Hélices* y que pronto Lorca aprendería y recitaría de memoria. *Hélices* quedará como un extraordinario documento de época.

Gracias a su alerta curiosidad y entusiasmo cosmopolita y a su bien organizada correspondencia particular, Guillermo de Torre atesoraba materiales para su obra ulterior de crítico, iniciada con sus *Literaturas europeas de vanguardia*. Ya era en potencia, no el poeta que en su adolescencia ambicionó ser, sino el teorizante, ensayista, historiador de la infinita metamorfosis, problemática, conjetura, balance de la poesía, del arte y de la literatura de nuestro siglo.